

al centro, foco, por decirlo así, de la nacionalidad mexicana.

El que se separe perecerá sin remedio. A la escision se sigue la aneccion; estos dos peligros son correlativos, y en pos del uno viene necesariamente el otro. ¿Qué sucedió con Texas, cuya triste separacion de la república hemos recordado en otra parte, y necesitamos volver á recordarla ahora?

México acababa de hacerse independiente, y trataba á todas las naciones estrangeras con la sonrisa en los lábios y la buena fé en el corazon: á todos los que no habian nacido en su suelo les abria los brazos como si fueran sus hijos, los colmaba de consideraciones y los hacia especial objeto de su generosidad. A esta sazón presentáronsele algunos ciudadanos de los Estados-Unidos, pidiéndole humildemente les permitiese colonizar en el territorio de Texas. México, desprendido y generoso desde que nació, concedióles tierras sin exigir de ellos retribucion alguna, librólos de impuestos y gabelas, y les impartió todo género de ausilios, á manos llenas, como lo hacia cuando era rica nuestra noble patria. A la sombra bienhechora de tantas bondades, los colonos de Texas crecieron y fueron desarrollándose; con el tiempo se sintieron fuertes, y entonces, ingratos y soberbios, se alzaron y se hicieron dueños de la tierra que habian recibido como mendigos. Trató de castigarlos México, y Texas entonces se anesó á la Union Americana. Esta, por el solo delito de haber querido defenderse, le declaró mas tarde la guerra á México, y le arrebató la mitad mas feraz y mas rica de su vasto territorio.

Lo mismo, con poca diferencia, pasó en la Alta California. Lo mismo tratan ahora de hacer los americanos con la Baja. ¡Ojalá y la raza francesa, tan naturalmente valerosa, ó la española tan leal y tan noblemente testaruda, quisieran hoy, por medio de colonias bien establecidas y profundamente adictas á México, su nueva patria, encargarse de fijar el límite humano que debiera separarnos para siempre del pueblo americano. Este, este seria el mas grandioso objeto de la inmigracion que esperamos.

¿Mas qué hacemos? En cuestiones de sentimiento se nos

desborda el alma sin quererlo, y sin que lo sintamos. Comenzábamos ya, sin advertirlo, á fijar la manera de que la inmigracion nos fuese provechosa, haciéndola que convergiese á nuestras verdaderas necesidades é intereses. Sin reflexionarlo, nos salíamos ya del austero papel de simples espositorés de sus peligros y ventajas, que hasta ahora nos hemos voluntariamente impuesto. Conforme á nuestro propósito, debemos ser impasibles, y aun no es tiempo de que meditemos. Primeramente se establecen los antecedentes, y hasta despues de establecidos se discurre sobre ellos. Así lo exigen el órden y la claridad del pensamiento.

XXI.

Hemos concluido. Los problemas de la política, de esta álgebra sublime de la felicidad de las naciones, solo pueden, lo mismo que los de la matemática, resolverse con acierto, cuando han sido planteados con esactitud.

En otro tiempo los hombres pensadores de nuestro país, siempre que se trataba de inmigracion, se hacian esta pregunta: ¿qué hacer para atraerla sobre nuestro suelo? Hoy esta cuestion ha desaparecido por la fuerza de las actuales circunstancias. Un momento de espera, y la inmigracion por sí sola se desbordará sobre México, hasta el punto de que tal vez sea necesario el contenerla para que no nos perjudique.

Sus avenidas, semejantes á las de nuestro impetuoso y soberbio río de Lerma, pueden, bien dirigidas, fecundar nuestros campos, y una vez desbordadas, asolarlos para siempre. Inútil es, pues, ocuparse de la manera de atraerla. Consultad en la estadística de estos últimos años la cifra de la poblacion extrangera, y quedareis asombrados.

Tambien hemos eludido intencionalmente otra cuestion que nos parece sofística y pueril. ¿La inmigracion dará la

paz, ó la paz proporcionará la inmigracion? Hé aquí la que hace algun tiempo está formulando en nuestro país la debilidad de una lógica escolástica y sutil. La ciencia política es demasiado grave para consentir en que sus mas trascendentales cuestiones sean formuladas en el vulgar y grotesco tono de un acertijo. La inmigracion y la paz son correlativas, y ambas se ayudan y recíprocamente se ausilian. La regeneracion del país debe intentarse á la vez por ambos caminos y por cuantos mas se presenten para llegar al mismo fin, siempre que al marchar sobre ellos, la nacion tenga la conciencia de que camina por el sendero de la justicia y del honor. El ocuparse, pues, de fijar metafísicamente, la preexistencia relativa de la paz ó de la inmigracion, seria un estéril entretenimiento que en las circunstancias afligidísimas en que la nacion se encuentra, fácilmente podria traducirse como una burla impía de sus grandes infortunios. No nos hemos, por tanto, ocupado de esta vana cuestion.

¿Qué hemos hecho pues? En la de inmigracion, es necesario, para hablar con claridad, distinguir bien su parte teórica, por decirlo así, de la que solo se ocupa de fijar los medios de hacer prácticos los principios que se adopten para llevarla á cabo felizmente. Para que este problema sea resuelto con exactitud, lo primero, repetimos, que se necesita, es, plantearlo despacio y con verdad.

Hemos tratado, por tanto, de señalar sus peligros y ventajas, y hasta ahora á este solo punto se ha limitado nuestro afan. Hemos, en efecto, considerado á la inmigracion, influyendo notablemente en el desarrollo de la minería y la industria; cambiando el carácter de nuestro comercio y el aspecto de nuestra agricultura; modificando ventajosamente nuestros hábitos públicos, nuestra legislacion é instituciones; impulsando violentamente nuestros adelantos intelectuales de todos géneros, y cooperando al afianzamiento del trono imperial y de la paz pública. La hemos considerado, si no como un remedio enteramente eficaz, al menos como la única esperanza racional de poder conjurar los gravísimos peligros, que la vecindad del pueblo americano nos ofrece. En éstas se reasumen, á nuestro juicio, sus ventajas principales.

Despues hemos ecsaminado sus peligros. Nos hemos estremecido al considerar que la inmigracion puede hacer que desaparezca nuestra raza, ó por lo menos la influencia que hoy ejerce en nuestro suelo su carácter. Nos hemos espantado al pensar en lo muy fácilmente que ella puede en muy corto tiempo, romper los lazos santos de nuestra unidad religiosa, política y social; rasgar los vínculos de un idioma comun, de iguales costumbres é idénticos sentimientos. Nos ha contristado el ver lo de prisa que el recio viento de las costumbres europeas háse llevado el aroma de las muy piadosas y caballerescas que nuestros sábios progenitores nos habian legado. Nos hemos, en fin, atribulado por la suerte de México, al reflexionar sobre los gravísimos peligros de escisiones ó aneccion al pueblo americano, que la inmigracion extranjera provocará en nuestro vasto y poco poblado territorio. Hé aquí en resúmen los peligros con que amenaza.

Apuntados éstos é indicadas sus ventajas, el problema está planteado. El modo, á nuestro juicio, de resolverlo, no es arrojar los unos y las otras en los platillos de una balanza é inclinarse del lado que su fiel señale. La manera de desatarlo con acierto, es buscar los medios mas eficaces de conjurar sus peligros y de ampliar sus ventajas. Neutralizar los gérmenes de desgracia que la inmigracion encierra, y dar energía á los grandes elementos de prosperidad que entraña, hé aquí la verdadera solucion que nuestra pobre patria ansía y en la que triste fija su última esperanza.

Plantear este gran problema nacional, era, por ahora, nuestro solo intento. No tenemos la necia presuncion de creerlo planteado con el acierto que reclama su importancia inmensa mas sí estamos seguros de la buena fé y rectísima intencion con que nos hemos aventurado en este tan difícil como patriótico ensayo. ¿Mas tarde nos será permitido el tratar de resolverlo sin pretenciones ni soberbia, sino por el contrario con toda la humildad que su dificultad misma reclama como una prenda de acierto? ¿No será inoportuno ocuparse de un trabajo tan apacible en momentos como los presentes, que cada dia deben ser de mayor agitacion para la patria? . . . ;

Por ahora descansenos. El hablar de la inmigración fatiga al alma demasiado. Es una cuestión íntima de sentimiento, y al pensar en ella en lo que realmente meditamos, es nuestra propia suerte, y más aún en el porvenir de nuestros hijos. Para poder presenciar su resolución práctica sin conmoverse, sería necesario, lo que es imposible, no amar á nadie en el país ni ser amado por alguno.

Tan grave es la cuestión que entrafia y tan conmovedora que con respecto á ella, el corazón ni el pensamiento llegan á fijarse en algo. Algunas veces la proximidad de su resolución azora, é involuntariamente bendice uno despechado la triste felicidad de los que no tienen en su patria padres ni hijos, esposas ni hermanos, afecciones ni intereses. Otras, por el contrario, como la vida es tan triste cuando no se camina en ella á la luz de una ilusión, gozosos aceptamos la inmigración extranjera, y en ella presentimos el remedio eficaz de los grandes males que ahora nos aquejan...

Por ahora descansenos, sí; pero no porque el hablar de la inmigración sea inoportuno, ni menos aún porque carezcamos de fé en el porvenir. La escena puede cambiar en nuestro país; pero la tragedia que en él se represente será siempre la misma. La falta de población es el más hondo mal de nuestra patria, y la inmigración, por tanto, será siempre la más absoluta cuestión de su felicidad. Menos calláramos por falta de fé en el porvenir, cuando aun estamos conmovidos todos por ese sublime rasgo de heroísmo y de confianza en lo futuro, con el que una reina, que los es por el corazón, acaba de admirar á todo un pueblo que también es digno de ser feliz por sus elevados sentimientos.

Una mujer, en efecto, cuya frente juvenil está ceñida por la triple corona del poder, del heroísmo y la hermosura, flota en este momento sobre las olas del Atlántico, impulsada por la fé, madre fecunda de las grandes y difíciles empresas, conducida por la esperanza, resorte mágico de los grandes corazones. Es en este momento la personificación sublime de la patria, y la trasfiguración angélica y resplandeciente de la raza latina del Nuevo-Mundo. Ángel bueno de la América, ha cambiado su trono de reina por un pedestal de espu-

ma, su corona de soberana por la aureola flamígera de las inspiradas. Al deslizarse sobre las olas del Océano, creese verla con la planta entre las ondas y el semblante iluminado, como esas fantásticas creaciones coronadas de fuego, y con blancas vestiduras de ambiente y de escarcha, que la credulidad de los aztecas, nuestros antepasados, creía ver descender á pasos lentos de las cumbres nevadas de nuestros volcanes. Figura sobrenatural y deslumbrante, camina enjuta sobre las aguas, como los fantasmas vaporosos é impalpables que la fantasía de Nezahualcoyotl hacia deslizarse en las noches de luna llena, sobre la bruñida y plateada superficie de nuestro tranquilo lago de Texcoco.

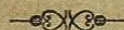
La lleva la esperanza; la fé la inspirará! Muy pronto en los dorados artesones del palacio de las Tullerías hará resonar con el inspirado y lúgubre acento de una profetisa, el último y más desgarrador gemido de la raza latina del nuevo continente. Es ella una profecía viva y animada. ¡Ay de nosotros por lo pronto si no la escuchan; pero, ay, también un poco más tarde del pueblo á quien se dirige, si no lo comprende ahora!

La verdad es, que en poco tiempo se nos han acortado mucho las distancias. El auxilio de la Francia en los peligros exteriores que nos amenazan es un problema. La suficiencia del Imperio para salvar los interiores, más se funda en el amor que merecen sus buenas intenciones, que en el grande prestigio que tuvo al inaugurarse, que ahora ha perdido, y que solo pueden devolvérselo rasgos tan poéticos como el que hace poco admirábamos.

Una sola ambición tenemos: la de que nuestra voz no sea oída como el eco de una facción ó de un partido. De testamos á todos, pues igualmente han contribuido á la ruina de la patria con sus pasiones y rencillas. ¡Ojalá y nuestro acento fuese recibido como una lamentación y muy honda de nuestra abatida raza! ¡Que ni los extranjeros, ni la patria se ofendan de nuestra rudeza! ¡Desgraciada es México, y el mejor modo de amarla, es como Foción á su querida Atenas, diciéndole la verdad, aconsejándole la resignación é inspirándole la confianza!

Baste ya. La inmigración es la única esperanza que á México le resta. El cielo haga que no se le convierta en un nuevo desengaño, es decir, en esa horrible muerte moral de los pueblos sensibles y los corazones generosos. ¿La inmigración lo salvará, ó lo perderá para siempre?..... ¡Quién sabe!..... "DIOS ES GRANDE, Y PODEROSO Y FUERTE." Pongamos, pues, en EL nuestra confianza, y en EL confiando, tranquilos esperemos.

ERRATAS NOTABLES.



PAGS.	LINEAS.	DICE.	LEASE.
4	36	demasiada	demasiado
27	13	las de	de las
34	16	Cabo	Cavo
47	38	le	les
57	30	posteridad	prosperidad
60	13	segase	cegase
60	37	Desprécialos	Desprécielos
67	26	oligárgicos	oligarquicos
69	33	lacidud	lacsitud
71	15	precistente	preecistente
75	1	les	le
77	20	devastado	devastado
79	20	coneccion	copecion
79	22	tradicciones	tradiciones
84	38	espeerincia	esperiencia
89	28	los	las
93	29	inmensa	inmensa;
93	33	pretenciones	pretensiones
94	3	es	es en
95	20	lo	la

C.00

11

31

16